

Las enseñanzas del día jueves

Por Tania Mora

Valió la pena ingresar como rural en salud, a ese rincón selvático en los años 80, ataviado con el frenesí de aves cantoras y de poderosas leyes respetadas por sus indígenas, ignoradas por el colono, incomprendidas por los violentos, pero reconocidas por las meretrices que allí vivían. Libros y crónicas, sustentadas en la verdad, resultaban cuentos de hadas, frente a esas realidades, ligadas entre sí, por un peculiar sentido de la vida que tenían sus habitantes. Ni imaginar lo que ocultaban en su universo cada una de las 27 meretrices que sobrevivían en un atolladero rodeado de espinas, en ese, su mundo, a donde fueron lanzadas, por diferentes violencias y conflictos ajenos a sus vidas.

Qué difícil resultó proyectar su problemática, ante una sociedad hipócritamente discriminatoria y hostil, al extremo en que la gente evitaba pasar por los alrededores del único Centro de Salud de la zona, el jueves, el día de ellas, de "su revisión higiénica", a fin de obtener su "Certificado de salubridad".

Advertida de sus conductas inapropiadas, me presenté frente a ellas, objetiva, sin prevenciones, de pie, dando un vistazo a sus miradas, a sus reacciones, a sus gestos. Con algo de desparpajo pude atrapar su atención con nuevos anuncios: el certificado será entregado personalmente, queda restringido para quienes promuevan el desorden, importante su aseo personal y una mejor presentación personal antes de llegar a sus exámenes. Sin más preámbulos, inicié el registro de sus identidades, con documento en mano. ¡Increíble la edad de las dos mayores! 36 y 39 años. Las demás estaban entre los 16 y 29 años. Sin excepción alguna, todas tenían un sobrenombre.

La presencia de una niña indígena de tan solo 12 años llamó la atención. Rauda,

apareció una de las mujeres y la cubrió con su cuerpo, alegando que la niña estaba limpia, impidió su registro. Insistió en que la niña está limpia; la habían escondido muy bien, después de haber sido entregada por alguien, a la gorda Dioselina, la noche anterior. Sentí paralizadas mis manos, por vez primera estaba frente a una realidad, en esencia, desconcertante y cruel.

A pocas horas de iniciadas nuestras labores, de pronto, el pequeño recinto se vio invadido por unos gritos estruendosos, provenientes de las mujeres en espera de ser atendidas. Enardecidas, daban fuertes puñetazos contra la puerta del consultorio del médico responsable del examen ginecológico, querían derribarla. Había amenazas en coro y groserías de grueso calibre. En medio del escándalo se escuchaba el llanto angustiante de la niña indígena desde dentro del consultorio. Sobraban las explicaciones y, por lo tanto, no serían necesarias las amonestaciones. Estas mujeres manifestaron de lo que eran capaces de hacer en defensa de la menor: "El hombre malo no podía colocar en su cola las cucharas de hierro que eran solo para las p... como ellas". Querían hacer justicia con sus propias manos, la que no pudieron con quienes eliminaron a sus seres amados. Todo les recordaba el ruido de las balas, los resabios de las semillas, bellas flores sembradas en ollas viejas, convertidas los domingos en un par de aretes de fantasía.

Los gritos de la pequeña alborotaron sus recuerdos. Sintieron que sus esperanzas quedaban hundidas en la nada, anhelaban "que un hombre creyera en su verdad por esa única vez en sus vidas".

Con dificultad, cuatro obreros lograron desaparecer al médico, sin que nadie volviera a saber nada de su existencia. Hasta el día en que el Taita Simanojoy, luego de resguardar a la niña, aseguró que: "La Anaconda que vivía cerca al río, se lo había tragado de un solo bocado por ser malo con la niña". Se refería a ese río caudaloso, rebosante de vida, capaz de ver el alma de los taitas y los chamanes, el que limpiaba el cuerpo de las meretrices muchas veces al día,

mientras sus hijos, inocentes y puros, jugaban con sus criaturas. Furioso, agitaba sus aguas cuando los taladores de selva pasaban riendo de sus fechorías. Era el prestidigitador nocturno del futuro de los árboles, que se erguían a su alrededor cual mastodontes protectores de los nidos, de la hora suprema de los astros y de las noches infernales de aquellas mujeres que exponían sus vidas por unos pesos, provenientes de hombres ebrios, cubiertos de sudor viscoso, maloliente, hombres que solo buscaban sus cuerpos para descargar sus odios si algo salía mal. De pronto, hasta podían dejar su cadáver cubierto con sucios colchones tirados sobre el piso de tierra y si tenían hijos, estos desaparecían como por encanto, antes de que alguien se ocupara de su cadáver.

¡Qué bien por ellas!, cuando amanecían vivas y podían encontrar a sus hijos sanos y salvos, todo “gracias a los espíritus que el indio Santiago colocaba sobre sus cabezas, a cambio de nada; esos billetes traían mala suerte y olían mal, ¡mejor aceptaban los de los gringuitos que venían en busca del ritual del Yagé!”. Poco a poco, en ese, su día, iban hilando sus historias. El tono de su voz, el carraspeo de sus gargantas, el sonrojo de sus mejillas y su querer hablar por horas ininterrumpidamente las obligaban a desgranar sus relatos como si fuera su último jueves, su última revisión higiénica. Presumían su muerte, no solo a manos de algún cliente, también por la mordedura de una serpiente o de una enfermedad incurable.

Había mofas y burlas cuando sugería que merecían respeto y consideración. Ignoraban que su aceptación de vestir diferente en su día, asear sus cuerpos, cubrir sus rostros con vaselina en vez de pintorrear sus ojos y sus labios con maquillajes ordinarios, protestar ante la gorda Dioselina y tener valor para contar sus historias sin escrúpulos a una desconocida, significaban que querían ser respetadas y consideradas. Parecían cotorras, opinando entre ellas: “De esas cosas raras que hablaba esa señora: ¿qué era eso de correr sobre los rieles y rebullir el sufrimiento, hasta encontrar la esperanza? ¿Cómo se podían rebullir por dentro?”. El regalo que me hiciera un joven indígena del nido abandonado

del pájaro mochilero fue el mejor de los ejemplos: sus nidos son grandes, tejidos pacientemente con sus picos; le van dando una forma maravillosa y segura para la puesta de sus huevos. Hay que aprender todo de la naturaleza. A pesar de no haber logrado que se entendiera del todo el mensaje, sí percibí su inquietud y simpatía.

Repudiaban la palabra 'perdón', al punto que escupían al piso cuando la escuchaban mencionar. "¿Acaso, quién las perdonaba? ¿El cura que prohibía su entrada a la iglesia y las maldecía por querer planificar o las "damas de la petrolera o algunas auxiliares a priori de enfermería que, por obligación, las tenían que "atender" ?, ¿acaso les perdonaron la vida a sus hermanos, a sus vecinos, a sus amigos?"

Las llamaba con simpatía: Las 10 rebeldes con causas, lideradas por la "Caleña", 22 años, bonita, incorregible, diabética, usuaria de la brujería. Creía mucho en los maleficios, en cómo "embolatar a un hombre" y hacer que le diera mucho dinero "a las buenas"; incrédula, "no comía cuento". Ignoraban que sus historias, sus enfermedades y su tenacidad las hacían mujeres de gran valía, para quienes sabemos jerarquizar lo bueno y positivo que hay en el otro, el del lado, como el joven médico que reemplazó al hombre malo con la niña, un joven vivaracho, hijo de un prestigioso cirujano de la Capital. Antepuso el amor por su hijo, como yo por el mío a nombre de ellos. El jueves de mamá también sería el de sus hijos, "sí... sería el día de los 11 hijos de las meretrices, incluyendo los tres niños especiales"; era el día de revisar sus dientes, sus ojos, sus oídos, de hacerlos sentir dignos de toda atención.

Las rebeldes con causas hicieron toldo con ese hombre, con el médico que, en medio de chistes y bromas, les habló del espéculo vaginal, las buscaba en su lugar de trabajo, para desearles un feliz cumpleaños. Evento que le originó fuertes críticas destructivas por, supuestamente, "desprestigiar su profesión, irrespetar el título y atentar contra el buen nombre de la Universidad".

Por la significación de alta peligrosidad que tenía la carretera que servía para

llegar hasta donde ansiosa lo esperaba "La ardilla". El camionero era considerado un verdadero héroe, al concluir un viaje de más de 22 horas, de estar bordeando una serie de abismos terroríficos, de vencer una serie de obstáculos que ponían en peligro su vida. Amaba a esa joven de 19 años, introvertida, dulce, comparada la belleza de su pelo, con la de la cola de la ardilla. Ella pertenecía al grupo de las incrédulas, aun así, no perdía la esperanza de encontrar a su hermanito menor: sabía que estaba vivo, habían podido huir los dos, pero lo perdió antes de llegar a este lugar por accidente.

Los domingos en horas de la mañana, acostumbraba visitar un pequeño caserío, habitado por una familia indígena, experta en hacer "limpias contra el mal de ojo". Temía que, por envidia, alguien atentara contra la belleza de su cabello. La acompañaba "la rodillona", de 39 años, afectada en sus rodillas por artritis reumatoide. Ella confiaba en la mezcla de hojas de marihuana con aguardiente que rezaba el taita, antes de rociar sus rodillas y que luego envolvía en unas hojas anchas de color morado.

El camionero era mayor que La ardilla por 14 años, nada quiso saber de su historia, ni de las razones por las cuales trabajaba con la gorda Dioselina. Después de su quinto encuentro, le dejó algún dinero para su sustento, de manera que le alcanzara hasta su próxima llegada, con la condición de no asistir a ningún cliente que no fuera él. Le temía a la sífilis. Ese día, ella lucía una blusa blanca y una falda azul oscura que había escogido de entre las cajas llenas de ropa usada en buen estado, que fueron enviadas desde la capital por amigos y familiares, conocedores de las inclemencias que rodeaban a esta población.

Después de ese día, transcurrieron cuatro meses y el camionero nunca llegó, se escuchaban muchos rumores sobre un fatal accidente que hubiera podido sufrir. En ese tiempo, muchos conductores de buses perdieron la vida y otros quedaron atrapados bajo un derrumbe. La comida escaseaba en el lugar. "La ardilla" entró en depresión, por primera vez quiso contar su historia, enterneció la limpieza de sus palabras, temblaba cuando recordaba sus angustias y sus miedos. Quiso

tomar el camino del alcohol, pero con la ayuda de las bromas y los chistes, de los ejemplos con los pájaros y sus nidos, pudo ser disuadida. Con muchas dificultades y confiada en su palabra, fue recomendada para trabajar en casa de personas conocidas.

No hubo despedidas, no hubiera podido hacerlo, no solo, porque sus rostros tenían un color distinto al que encontré, sino también porque aun las rebeldes se quedaron con algo mío: mi respeto y mi consideración para todas ellas, con los ejemplos de bondad y de respeto de mis padres.

Hicieron falta dos semanas para terminar mi rural. Corría el peligro de ser secuestrada, según el comandante del ejército.